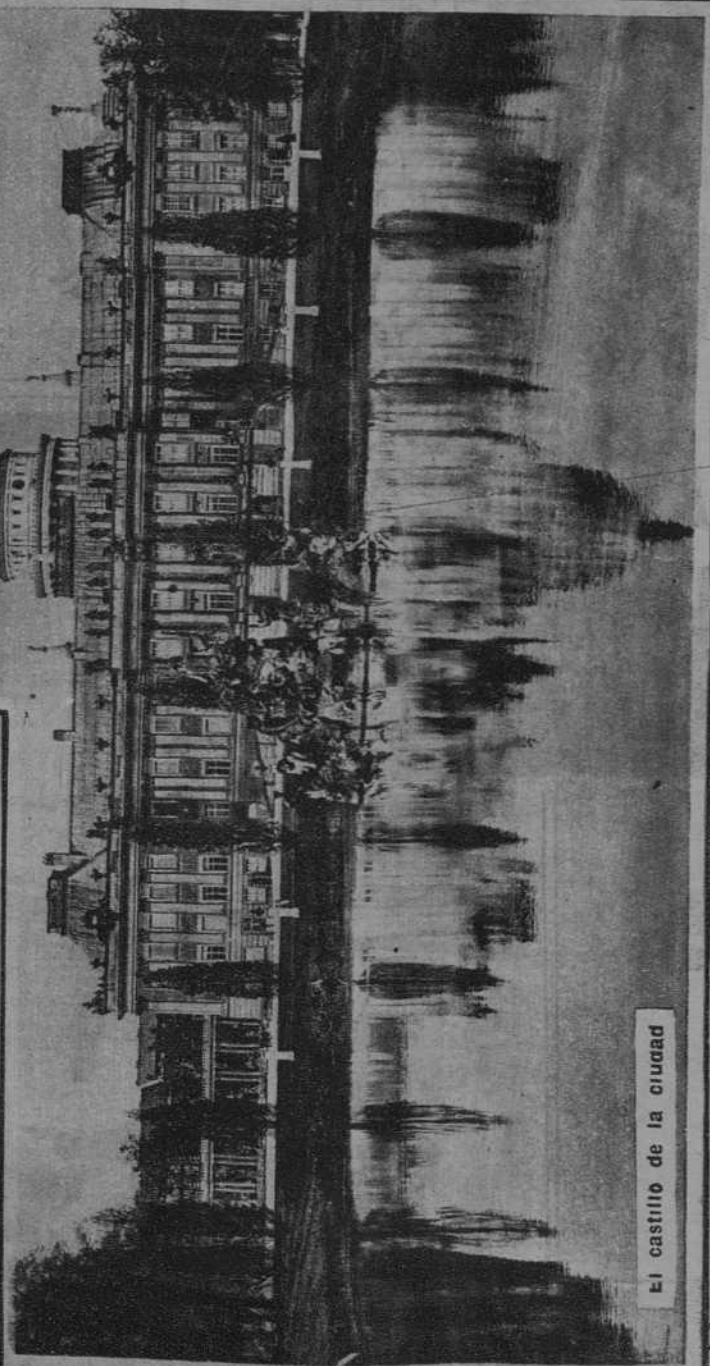
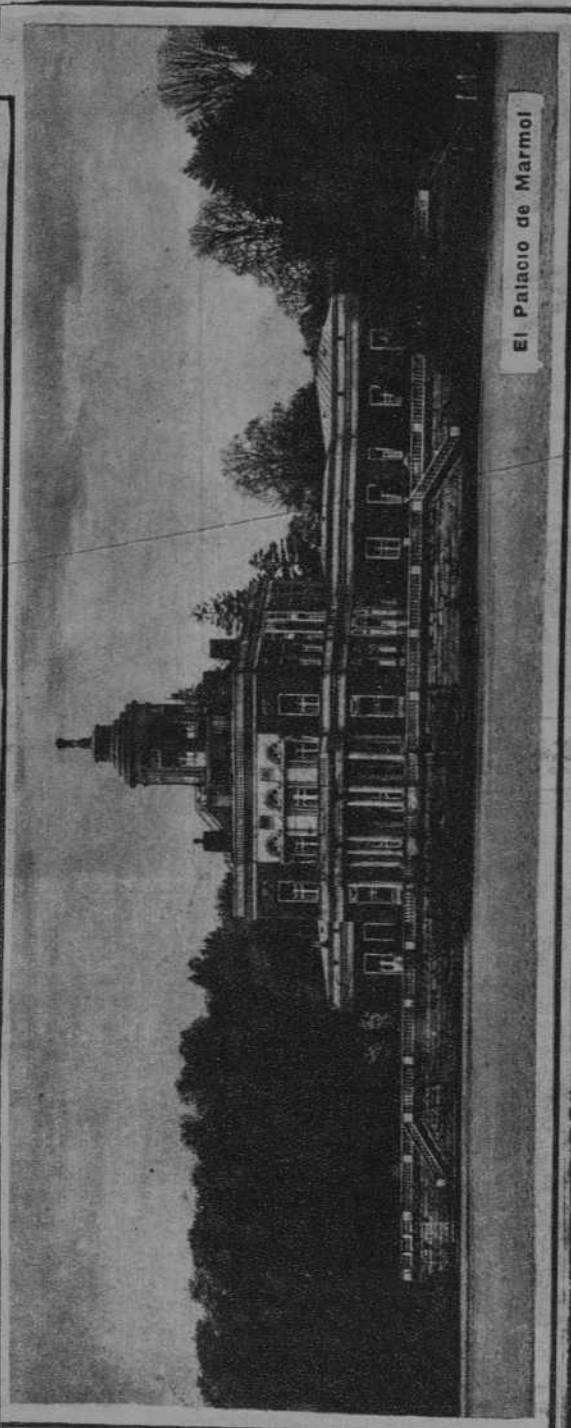


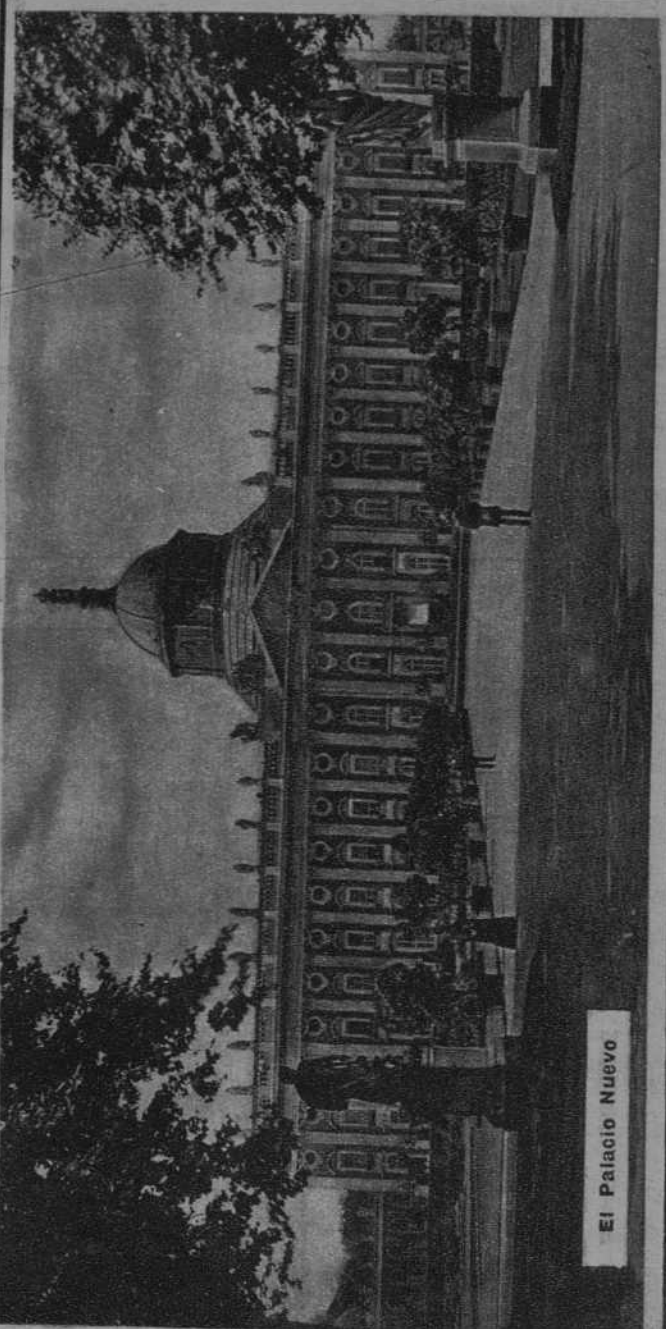
POTSDAM, LA RESIDENCIA DE LOS EMPERADORES DE ALEMANIA, ES OBJETO HOY DE LA CURIOSA PREFERENCIA DE LOS TURISTAS, QUE RECORREN LOS PALACIOS ANTES CERRADOS AL VISITANTE



El castillo de la ciudad

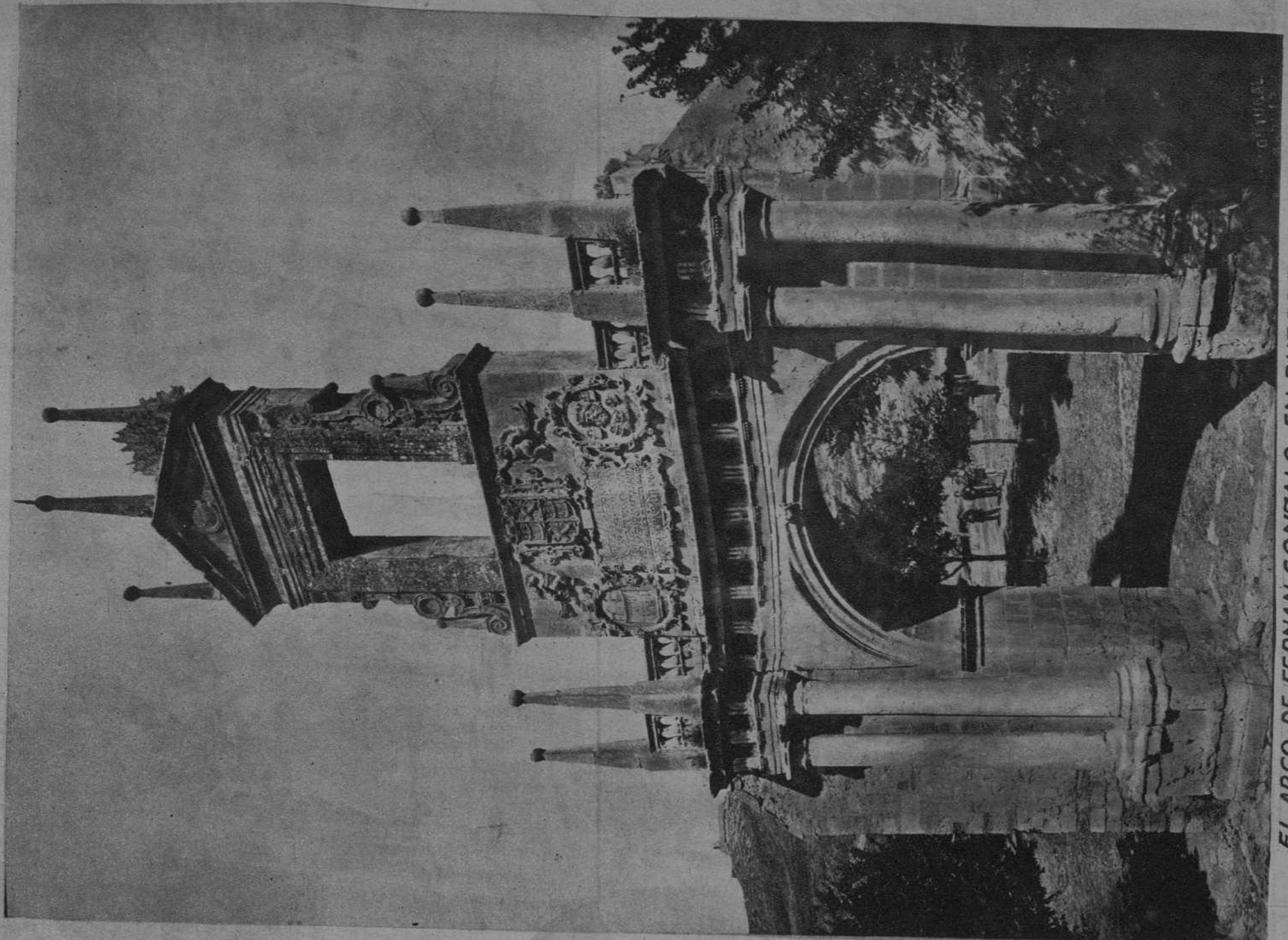


El Palacio de Marmol



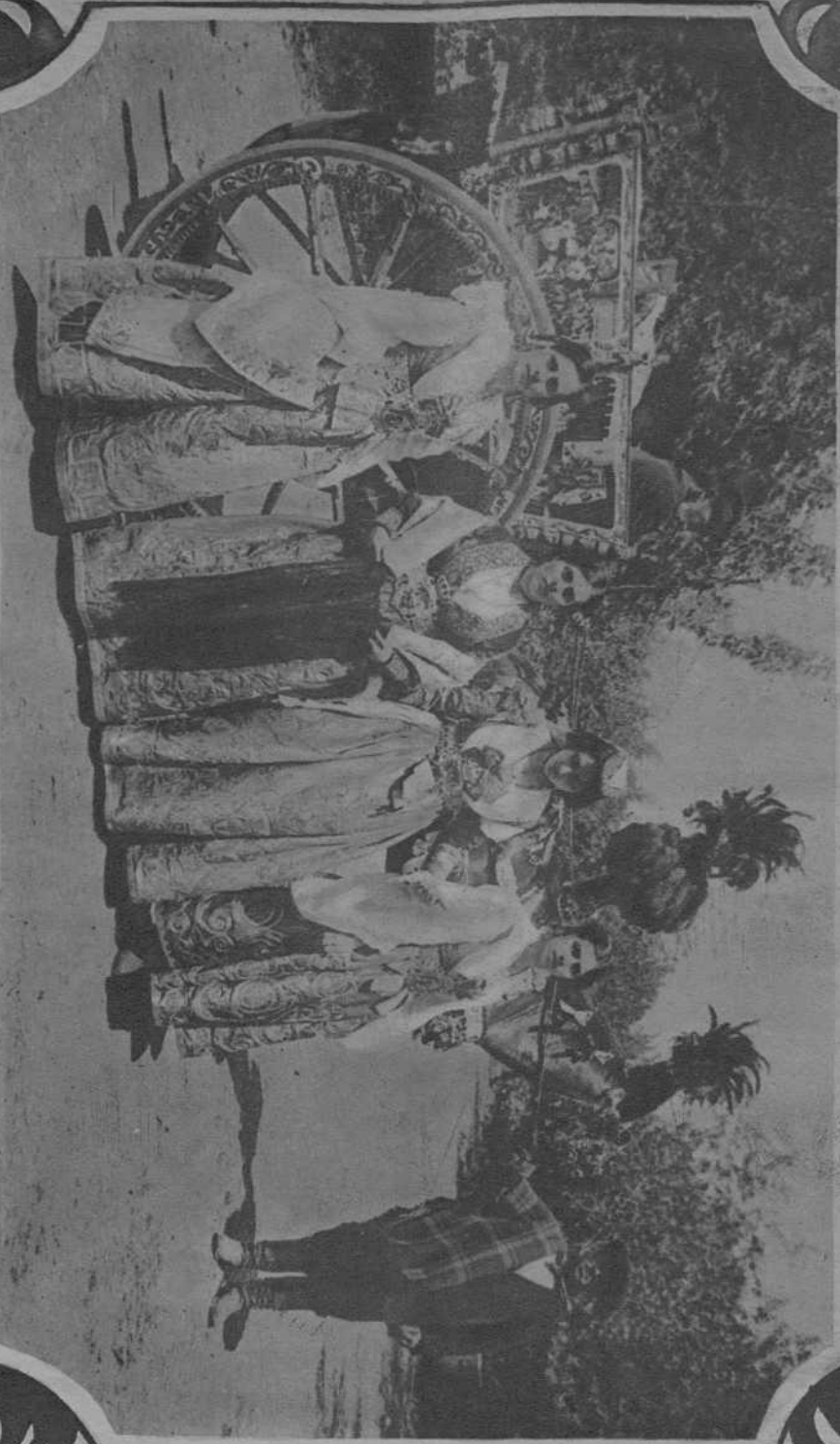
El Palacio Nuevo

PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE *El Día Gráfico*
 Num: 122 ~ Agosto 12-1928



EL ARCO DE FERNAN GONZALO, EN BURGOS. ~ (Foto Laurent.)

EL CABALLERO FLORIO, QUE CADA AÑO ORGANIZA LA PRUEBA AUTOMOVILISTA QUE LLEVA SU NOMBRE, ORGANIZA TAMBIEN UN CONCURSO DE CARROS ANTIGUOS. HE AQUI UNO DE LOS PRESENTADOS ESTE AÑO Y LOS CONDUCTORES QUE EN EL CONCURSO HAN PARTICIPADO



ESSENAS DE LA RUSIA MODERNA, QUE EN NAIDA SE DIFERENCIAN DE LAS DE LA RUSIA DE LOS ZARES



- 1.—Junto al viejo hogar campesino.
- 2.—El juego, que resiste a todos los cambios y todas las revoluciones.
- 3.—El policía moderno.
- 4.—El trabajo del zapatero rural. (Foto. Vida)

LOS LAGOS DE LAS CUMBRES PIRENAICAS



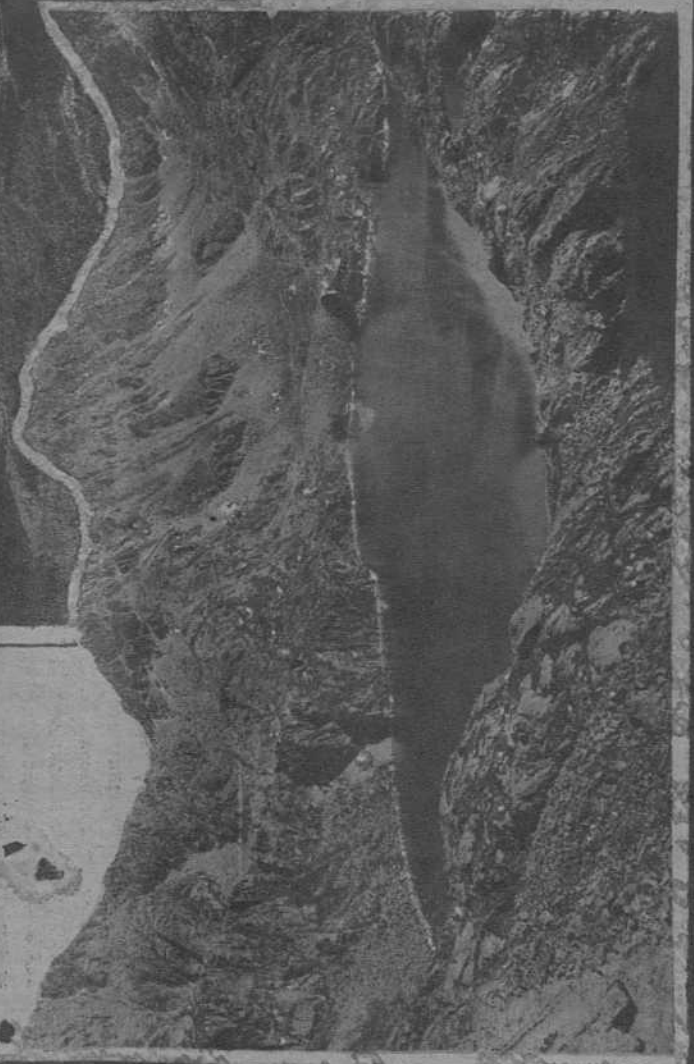
El lago Colomina



El lago de San Mauricio



La ribera del Estany Fort

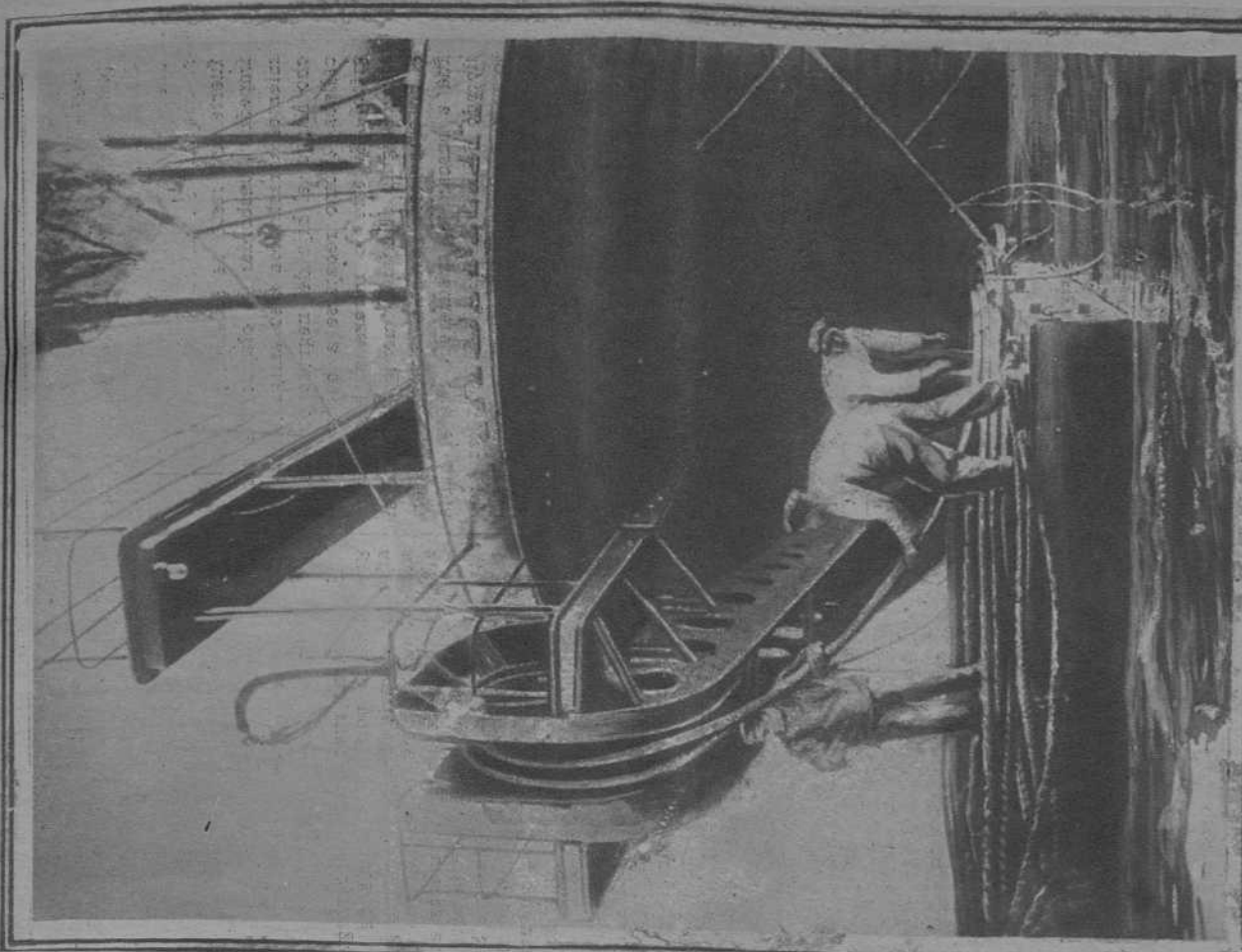


Los lagos Mar y Colomina (Fols, Piqué)

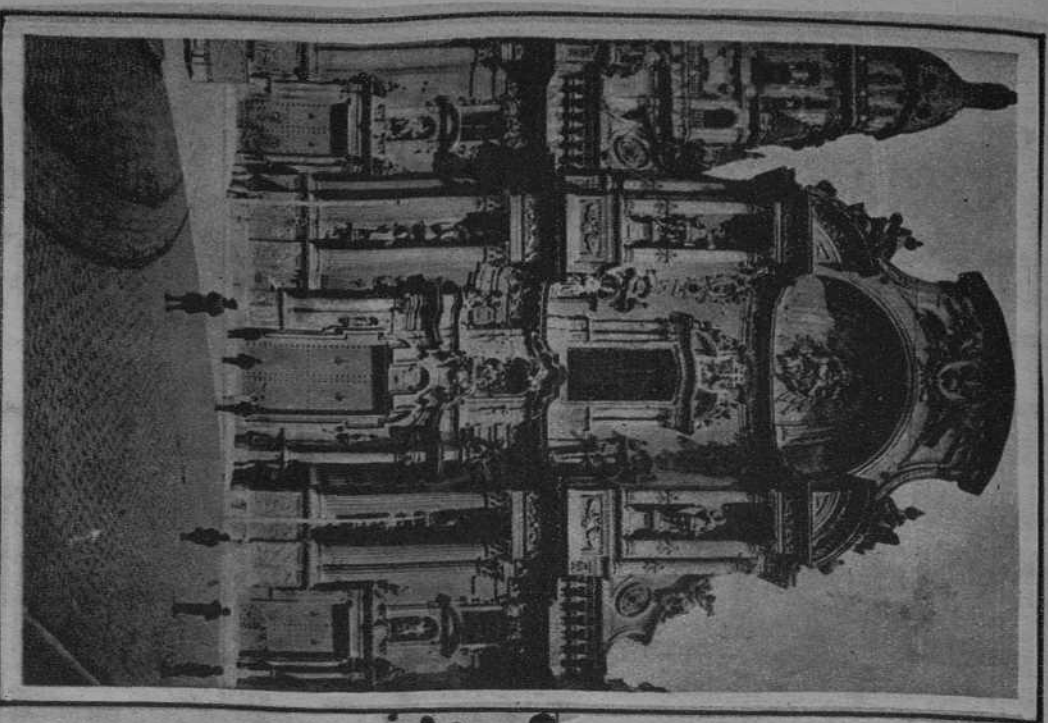
LOS VAPORES CABLEROS CUMPLEN, NO SIEMPRE CON FACILIDAD, LA MISION DE PONER EN COMUNICACION LEJANOS CONTINENTES



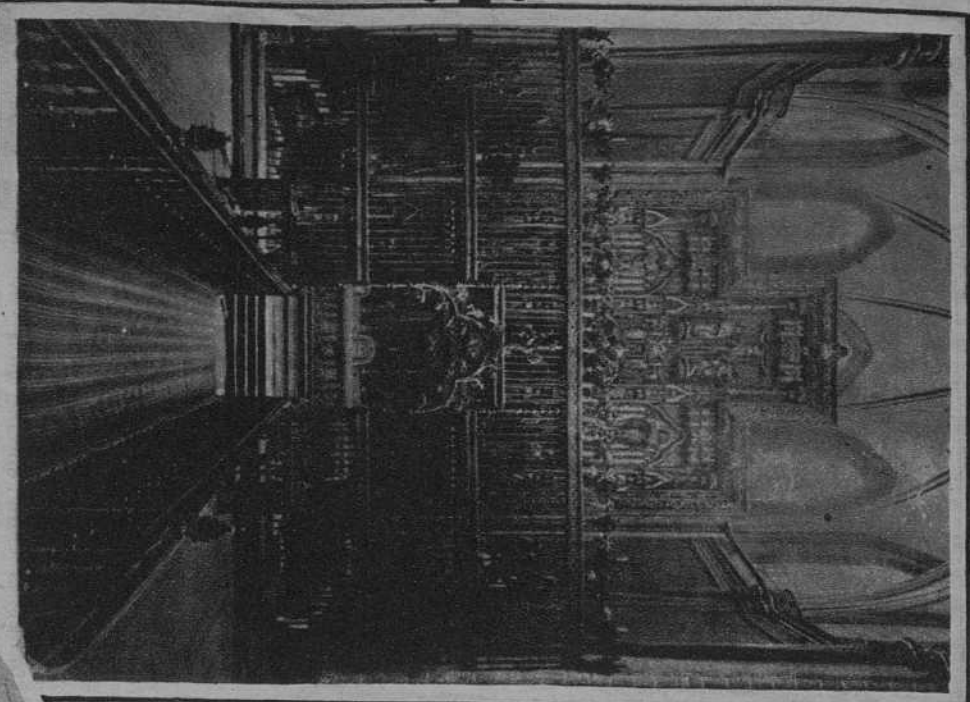
Echando el cable en alta mar, para unir Inglaterra con los Estados Unidos



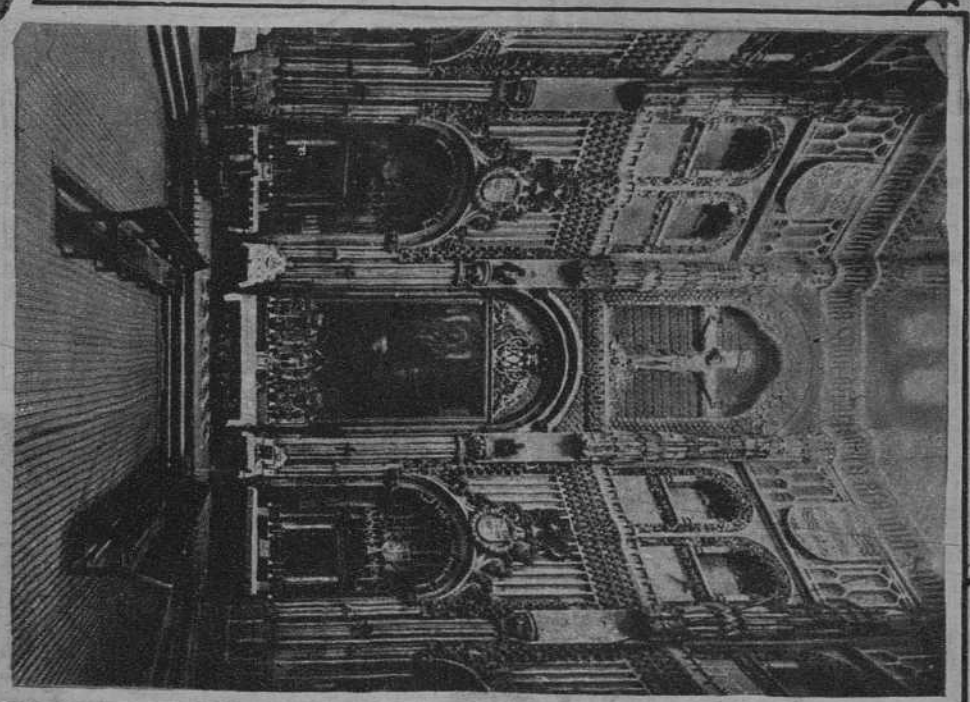
Desarrollando el cable a bordo del buque. (Fots. Scherl)



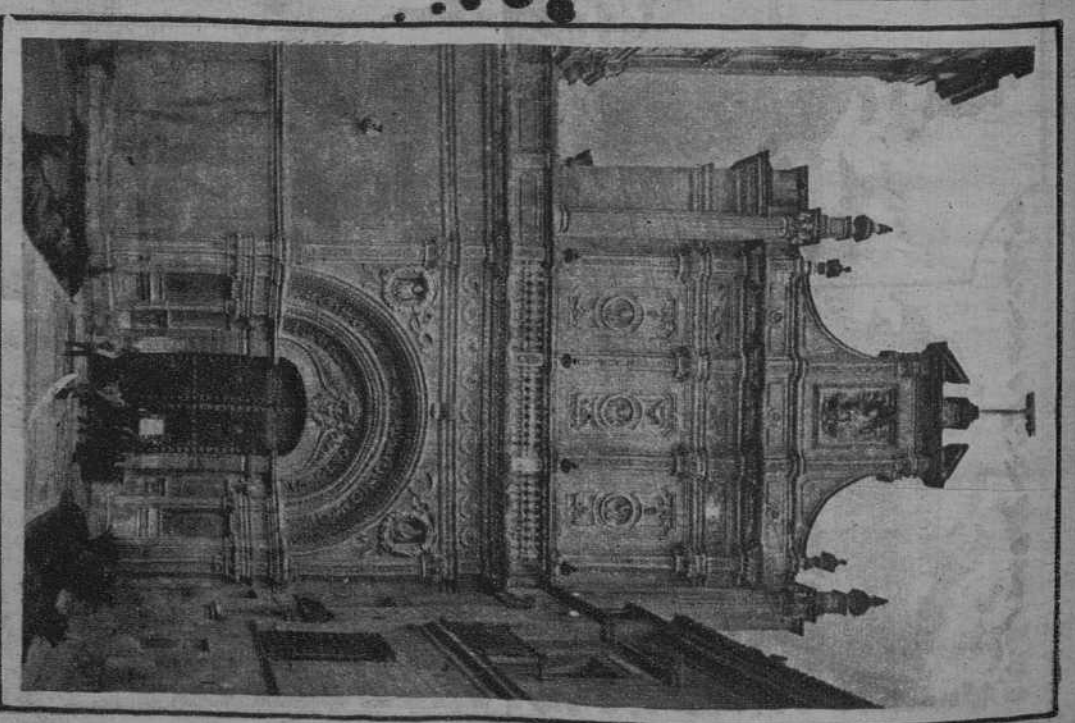
La fachada principal



El altar mayor

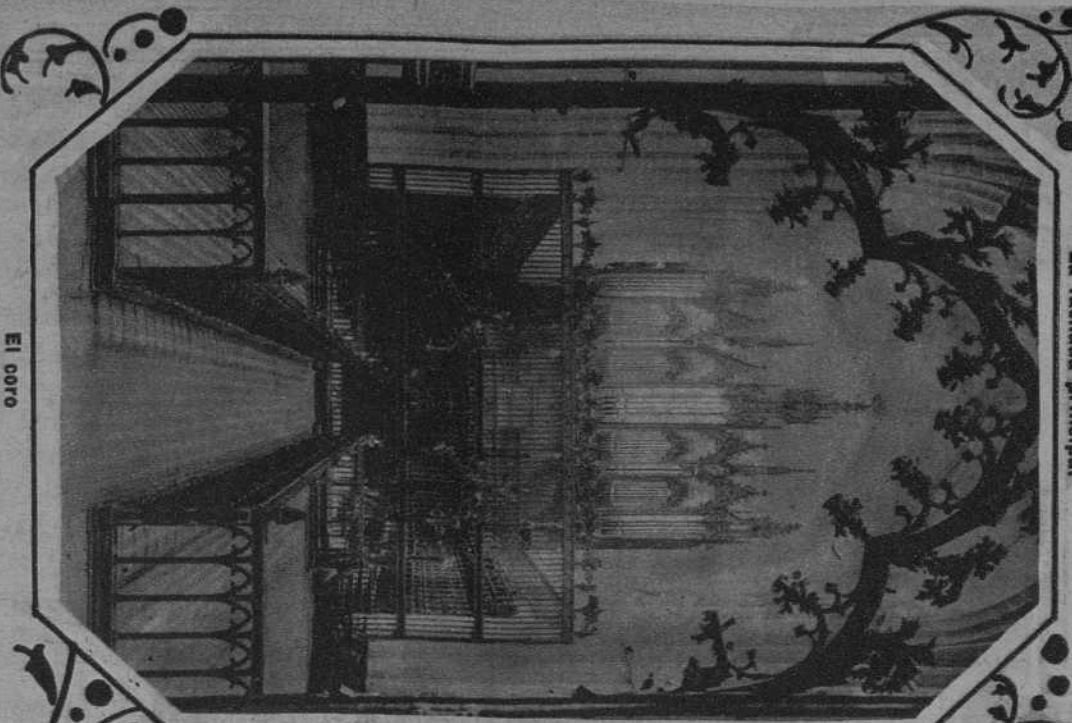


La capilla de los Vélez

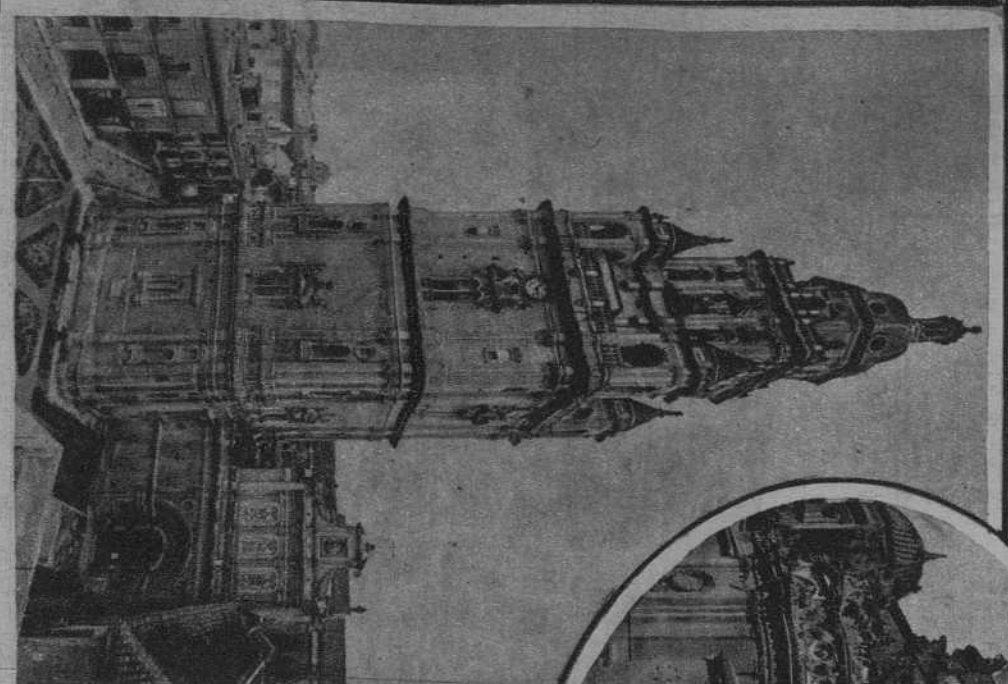


La puerta de la Cruz

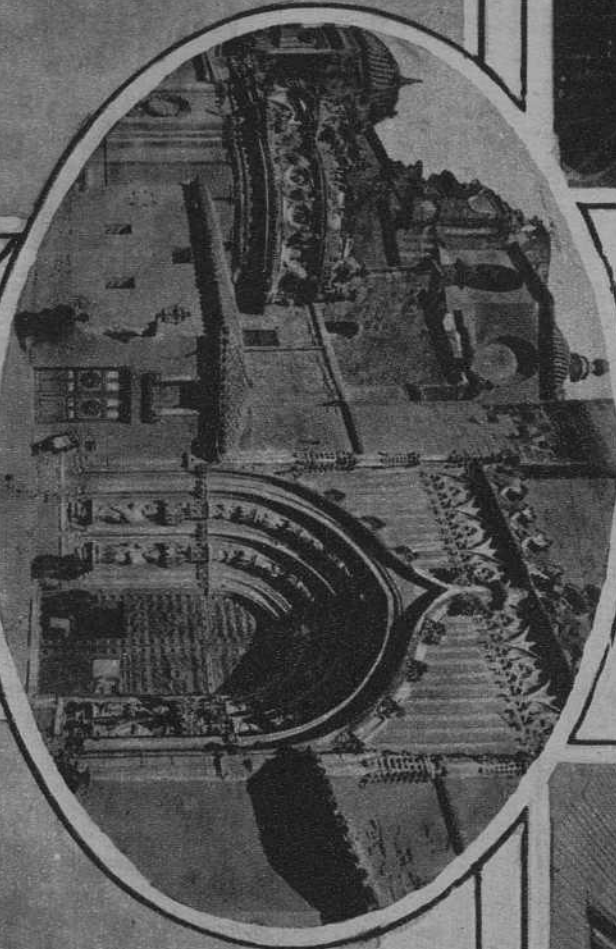
La Catedral de Murcia, con su variedad de estilos y su gloriosa tradición, constituye una joya arquitectónica digna de ser conocida y admirada.



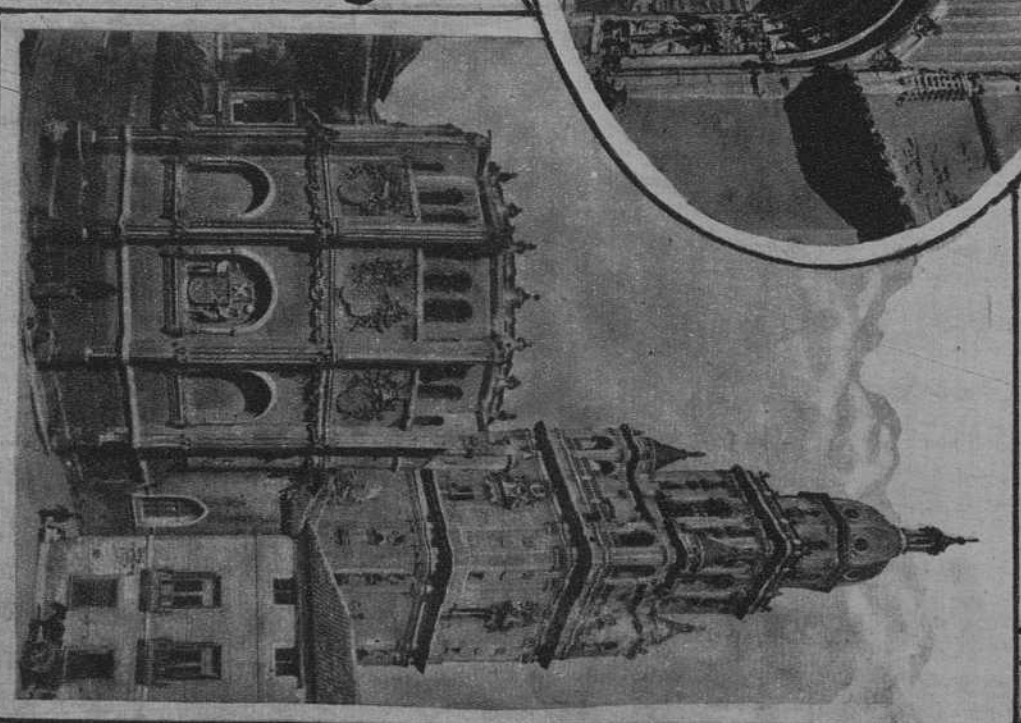
El coro



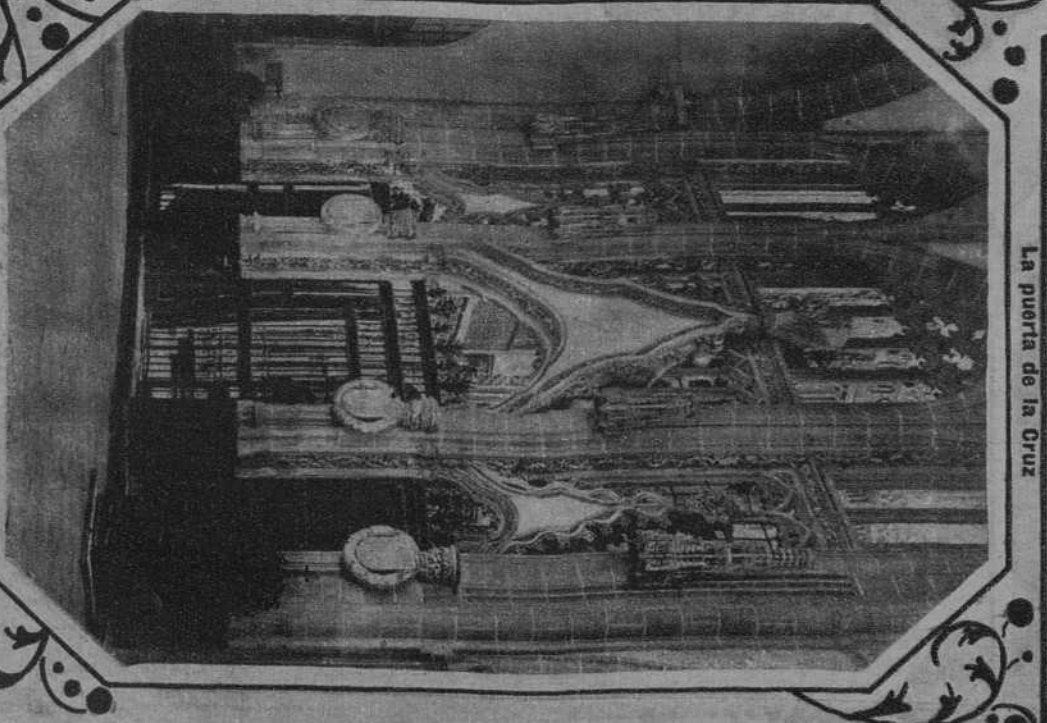
La vieja torre, del siglo XV



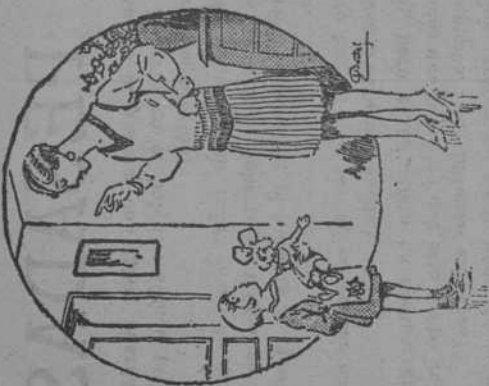
La puerta de los Apóstoles



Exterior de la Capilla de los Vélez



La puerta de la Capilla de los Vélez



—Mira, uena, que Dios lo ve todo. —Sí, pero no hace como tú, que dice todo lo que ve.

—¿Qué pasa?—preguntó—. ¿Por qué están ustedes aquí y no están acostados? —Señor—exclamó Federico—en nuestro dormitorio hay una fantasma—e hizo un abundante relato de la aparición y desaparición del esqueleto.

—Muy curioso—dijo el maestro—. Nunca ha habido en el colegio nada parecido, ni existe por aquí ninguna leyenda que justifique tales cosas. Mañana investigaré para saber de qué se trata, pues no creo en apariciones. ¿Qué van a hacer ahora, muchachos? ¿Tienen miedo de dormir aquí solos? Me imagino que no. Muy bien. Así me gusta. Cierren con llave la puerta de la alcena y si oyen nuevamente algún ruido me avisan en seguida.

Cansados por tantas emociones y por la mala noche anterior acabaron por dormirse a la madrugada, sin que el esqueleto los molestara nuevamente.

Una vez terminadas las clases, por la mañana siguiente, el señor Allen los llamó a su escritorio y haciéndolos sentar, les dijo: —Bueno, muchachos, vamos a hablar ahora de esos extraños sucesos que me han contado. Usted, Roberto, que es el más parlanchín, cuénteme todo desde el principio, y yo lo escribiré, pues puede suceder que tengamos que tomar serias medidas. ¿No le importa hacer eso?

—De ninguna manera—respondió Roberto, que creía ahora en fantasmas.

—Muy bien, Roberto—dijo el maestro cuando éste hubo concluido su relato—está perfectamente claro. ¿Ustedes están todos de acuerdo en esto?—preguntó a los demás oyentes—. Muy bien, entonces creo que no tendrán inconveniente en firmar todos este papel. Ahora Roberto, por favor, abra usted esa alcena, hay adentro algo que le va a interesar.

Roberto se dirigió a la alcena, la abrió y dió un grito de terror, pues dentro de ella estaba el esqueleto.

El señor Allen miró sonriendo a los cinco muchachos que estaban aterrados, y dijo tranquilamente:

—Ahora me toca a mí tomar la palabra.

Me encontraba los otros días en una casa de compra y venta, cuando vi que entraban Roberto y Guillermo. Como yo estaba en el fondo del negocio buscando unos libros viejos, ustedes no podían verme, pero olí perfectamente que se proponían hacerme una broma. Inmediatamente se me ocurrió la manera de hacer que fueran ustedes los embromados. Pensé que seguramente guardarían el esqueleto en la alcena durante la noche, y mientras ustedes comían me fui a verificarlo y a prepararme mi plan. Esta casa es muy vieja y ha sido refaccionada hace poco tiempo. Seguramente ustedes no han observado que su dormitorio se encuentra justamente debajo del mío. Había antes en el dormitorio una enorme chimenea que fué suprimida, utilizándola su hueco para hacer dos alcenas, ésta y la que ustedes aprovecharon para guardar el esqueleto. Me bastó levantar la tabla de madera que hace el piso de la alcena, para poder comunicarme desde mi cuarto con vuestra alcena. Alé el esqueleto con una soga y yo fui el que lo hizo mover, y luego desaparecí, subiéndolo hasta aquí. Yo mismo les grité anoche: «Déjenme salir!» He hecho todo esto porque quería que fueran ustedes los asustados. A mí no me podían causar más que una desagradable sorpresa con el invento del esqueleto fosforescente, pero si lo llegaba a ver algún niño de los primeros grados podía tener consecuencias mucho más serias. Ustedes mismos, que habían comprado el esqueleto, han pasado dos noches temblando de miedo. Imagínense lo que podía ser en un niño pequeño. Además he notado muchas veces su afición a las bromas o chistes como dicen ustedes. Creo que con esto no les quedará gana de hacer otras nuevas.



—¿Te has despertado, abuelito? ¡Y eso que he apretado el gatillo muy despacio!



—¡Vamos! ¡Una niña ya mayorcita... y no sabe la edad que tiene! —¿Y como quiere usted que me acuerde, si cambia todos los años?

el cuento del domingo TATETI POR ALVARO YUNQUE

Ilustraciones BOSCH



la cabeza. ¡No quería llorar! Un sentimiento de orgullo le hizo que dejara de pensar en aquellas cosas tristes. Y no pensó. Por eso él, en ese instante, no lloraba por haberse pupilo, lloraba por la madre muerta.

—Pero si lo veían llorar creían... ¡No lloré! Era el mismo sentimiento de orgullo que unos minutos antes le impidió correr detrás del padre y suplicar que no lo dejara allí solo, con extraños, solo en aquel caserón triste, solo y pupilo! ¿Pero suplicar él? Por el contrario, hoscó, casi no respondió al cariñoso saludo de su madre. No se entredía con este hombre autoritario. Frente a su madre, tan cariñosa, Valentín se sentía niño, pequeño y blando; pero frente al padre, pupilo en aquel colegio de altas paredes y enormes patios, ¡Pupilo! La palabra que tantas veces le oyó a su madre, cuando ella no cumpliría nunca. ¿Acaso podría haber estado sin su Valentín, sin su muchachote barullero? ¡Pupilo! ¿Qué sería estar pupilo cuando tanto lo amenazaban? Pronto lo sabría, porque ahora él, Valentín, el muchacho libre y caprichoso, acostumbrado a hacer su voluntad, mimado por la madre como a único hijo, hasta el punto de que jamás lo había mandado a la escuela; él, ahora, se hallaba pupilo. ¡Pobre su madre!

Pensando en ella, sintió que se le enturbaban los ojos, que iba a llorar como unos días antes, cuando se la llevaron muerta. ¡Qué sola le pareció la casa al volver del cementerio! ¿Cómo su madre calladita, pesadilla, enfermucha, podía ocupar tanto sitio en la casa? Una gota calientes le quemó la mano. Valentín se puso de pie y sacudió error!...

Continuó hablando. Valentín ya no lo oía. El tono del director lo humillaba, erizándole de altivez. ¿Y sus reproches a la madre, a la manera como su madre lo había educado? ¡Qué rabia y qué odio! —Bueno, amiguito, vamos a la clase—terminó el director—; usted está muy atrasado, apenas sabe dividir por una cifra. Debia ir a segundo grado. Lo voy a poner en tercero, para que no se avergüence de estar entre chiquillos... ¡Vamos!

Valentín le siguió automáticamente, ahogado de cólera y de humillación. Entraron en una clase. El director hablaba con el maestro en voz baja. Seguramente, supuso Valentín, lo estaba enterando de quién era él; un niño mimado que necesitaba rigor... ¡Ya verían, si sacaban algo de él así! Se hizo el propósito de ser malo, más malo aún. Y entonces miró al maestro y después a los otros chicos. Había entrado cohibido. Hecho esta propósitos, sintió desaparecer todo turbación y los miraba casi desafiante. El director le hablaba otra vez: —Bueno, amigo, pórtese bien, sea aplicado. Hasta luego. —¿Cómo se llama usted?—le interrogó el maestro. —Valentín Cabrera. —Muy bien. Siéntese... siéntese... El maestro, con la vista, comenzó a buscar un sitio. Desde el fondo de la clase se alzó una voz: —¡Señor! Aquí hay un sitio vacío, aquí, a mi lado. —Sí, siéntese allá, al lado de Mingo.

BOSCH-Y

Cuando Valentín se vio encerrado en el colegio se sintió poseído de irascible impotencia, acrecentada por no tener contra quién descargar su rabia y su odio. ¡Qué rabia y qué odio! En su casa había ya sentido alguna vez esta rabia y este odio, pero allí los desahogaba en alguno: en un perro, en una chica sirvienta... Aquí no había nadie a quien pegar, insultar... Ahora, en ese momento, se hallaba en el despacho del director, un viejo alto y barbudo que le imponía. Y estaba solo. Su padre acababa de salir, acompañado del director, y dejándole solo, pupilo en aquel colegio de altas paredes y enormes patios, ¡Pupilo! La palabra que tantas veces le oyó a su madre, cuando ella no cumpliría nunca. ¿Acaso podría haber estado sin su Valentín, sin su muchachote barullero? ¡Pupilo! ¿Qué sería estar pupilo cuando tanto lo amenazaban? Pronto lo sabría, porque ahora él, Valentín, el muchacho libre y caprichoso, acostumbrado a hacer su voluntad, mimado por la madre como a único hijo, hasta el punto de que jamás lo había mandado a la escuela; él, ahora, se hallaba pupilo. ¡Pobre su madre!

Pensando en ella, sintió que se le enturbaban los ojos, que iba a llorar como unos días antes, cuando se la llevaron muerta. ¡Qué sola le pareció la casa al volver del cementerio! ¿Cómo su madre calladita, pesadilla, enfermucha, podía ocupar tanto sitio en la casa? Una gota calientes le quemó la mano. Valentín se puso de pie y sacudió error!...

—¿Ves, Juanito? Este niño no se mete el dedo en la nariz, como tú. —¡Claro! Como tiene los agujeros tan pequeños!

SALPICADURAS

—¿Cuántos son los géneros? —Tres, masculino, femenino y neutro. —Muy bien: A ver un ejemplo de cada uno. —Del género masculino, «el pez». —Bien. —Del femenino «la peza». —Y del neutro, «lópez».

—¿Cuál es el perro que come con el rabo? —No sé. —Todos... porque ninguno se lo quita para comer.

—Maestro, al subir he resbalado y me he dado un golpe en la cabeza. ¡Me he quedado medio tonto! —Has ganado, ¡qué suerte tienes! —¿Por qué? —Porque antes eras tonto del todo.

—Mamá. Yo estudio para Sherlok-Holmes. —¿De veras, monín? —¿Ves aquella luz de aquella galería? Pues aquello es de lo más misterioso... Fíjate, siempre que veas aquella habitación con luz y sea lunes al día siguiente... es martes.

En un examen de Historia: —Pero hombre, fíjese bien: Daoiz y... El examinador no contesta. —Pero hombre... Daoiz y... Parece mentira... Son dos nombres inseparables. Uno recuerda enseñada al otro, como otros tantos casos en la Historia. Vamos a ver... Fíjese, dice usted, por ejemplo «ourarde», e inmediatamente asocia a este nombre el de Rivagorza. Sobrarbe y Rivagorza, ¡no! Pues bien: Daoiz y... —¡Daoiz y Rivagorza!

El padre.—Yo, a tu edad no había mentido nunca. —El hijo.—¿Pues cuando comenzaste, papá?

Valentín miró para ver quién era Minigo. De pie, haciendo señas amistosas, yó a un negroto que le sonreía. El maestro lo empujaba suavemente hacia él, pero Valentín no se movió. Y el negroto lo llamaba:

—Valentín, ven aquí. Su natural soberbia, acrecentada por el odio y la rabia im- potentes, lo endurecían. Dijo:

—¡No!

—¿Qué?—interrogó el maestro asombrado. —¡Yo no me siento al lado de un negroto!

—¡Séntese allí!—gritó el maestro enfur- tado.

—¡No!—respondió él.

Y se resistió decididamente. Hubo que llamar al director. Entre los dos hombres, casi a la fuerza, lo sentaron junto al negro- to. Valentín hundió la cabeza entre los pu- ños.

—¿No ve? ¡Hay que domesticarlo!—dijo el director al maestro. ¡Aquí no está en su casa, con su mamá; aquí no va a hacer lo que quiere, sino lo que se le manda. ¡Ha- lado!

Valentín no se movió. Cerrado, con los ojos en el aire, no veía, no oía nada. Era vano el director, gritando, le preguntaba: ¿Ha- lado? El se había empujado en no responder. ¡No respondería!...

El director se fue y continuó la clase. Valentín siempre con la cabeza entre los pu- ños. Al principio, haciendo esfuerzos ter- rribles para no llorar; después, sereniándose poco a poco. Al fin sintió que volvía a apo- derarse de él su seguridad de niño acostum- brado a hacer su capricho. Entonces sacó la cabeza de entre los puños y se puso a mi- rar al negroto. Este le sonrió. De buena ga- na Valentín le hubiese aplastado la sonrisa de un puñetazo. Se conformó con hacerle una mueca de insultante desdén. El negroto no la tomó en cuenta y siguió sonriéndole cariñosamente.

Se hallaban en clase de lectura: uno por uno iban leyendo los demás seguran la lectura en sus libros para continuarla cuan- do el maestro se lo indicase. Minigo hacía como los demás, pero de vez en cuando, la- vantando los ojos del libro, miraba a Va- lentín con su mirada blanca y cariñosa sonri- sa. Aquello irritaba a Valentín. ¿Pero no comprendía el otro sus intenciones de despre- cio? Tanto no las comprendía que se le acer- có a hablarles.

—¡Mi papá es el portero...!

Valentín hizo un gesto de fastidio y mi- ró para otro lado. El negroto prosiguió:

—¡Mi papá es muy valiente. Salvó al direc- tor que se estaba ahogando. Por eso el di- rector lo trajo de portero y a mí me hace enseñar grábá.

Valentín lo volvió a mirar iracundo.

—¡Mi papá es alto. ¡Tiene una fuerza!— prosiguió Minigo, animado al ver que Valen- tín ahora lo miraba.—Cuando yo sea gran- de voy a ser alto y fuerte como él, pero ahora soy chico, tengo diez años...

—¡Señor!...—gritó Valentín.—Y se con- tuvo. Iba a decirle al maestro que Minigo lo molestaba, pero oyó a éste, suplicante, balbucir:

—No, no, no...!

—¡Se con- tuvo!

—¿Qué hay?—interrogó el maestro. Valentín no respondió y el maestro hizo continuar la clase.

¿Por qué había callado? No lo hubiese podido saber. No fue por lastima de Minigo, suplicándole que no lo delatase; fue por vergüenza de aparecer como un acusador. Nada más. Su altivez le había triturado la delicación en los dientes antes de que hicie- ra palabra. Y continuó impasible, cuando De pronto sintió un leve roce en un brazo. Se volvió a mirar. Era Minigo que, sonrien- do y delicadamente, le posaba la manecita. ¿Pero cómo tenía que darle a entender al muchacho éste que él no quería ser su amigo?

—¡Buena, buena, buena...!

Le decía Minigo, meloso. Era su forma de agradecerle porque no le había delatado. Va- lentín le tiró un codazo feroz, obligándole a apartarse.

—¡Malto, malto!

Le decía Minigo, ahora. Valentín levantó los hombros, despreciativo, y continuó así, callado, observando a sus otros compañeros de clase.

¿Otra vez? ¿Pero entonces el negroto se había propuesto no dejarlo tranquilo?

—¿Quieres fastidiarme?—le interrogó, hundándole una mirada furibunda.

¡Pero había una inocencia tan pura en la carita del negroto! Lo miraba con unos ojos tan limpios! Ofrecía su libro:

—¡Pronto nos va a tocar a nosotros. Van aquí—y le señalaba el renglón.—Mientras no tengas libro yo te lo presto.

Valentín cogió el libro que el chico le alargaba y lo tiró a suelo, ruidosamente.



RECUERDOS INFANTILES

(Cuento popular)

Los dos amigos se dirigieron a la casa de compra y venta, donde esperaban encontrar un álbum para sus fotografías. Una vez en ella se pusieron, naturalmente, a curiosar todo lo que había, hasta que por fin Roberto llamó con apuro a Guillermo, que se había alejado.

—¿Qué pasa?—dijo este aserándose.

—¡Una idea genial!—exclamó su amigo.—¡Mira este esqueleto!

—¿Y qué?

—¿Te acuerdas de que el señor Allen estuvo hablando esta mañana de aparecidos y se ría del pobre Alejandro porque tenía miedo? Vamos a colocar este esqueleto, pintado con fosforo, para que se vea en la obscuridad, en el cuarto suyo. Se va a dar un susto de todos los diablos y nos reiremos a carcajadas de su papalón.

El dueño pedía veinte pesos por el es- queleto.

—¡Retenecia a un estudiante de Medi- cina.

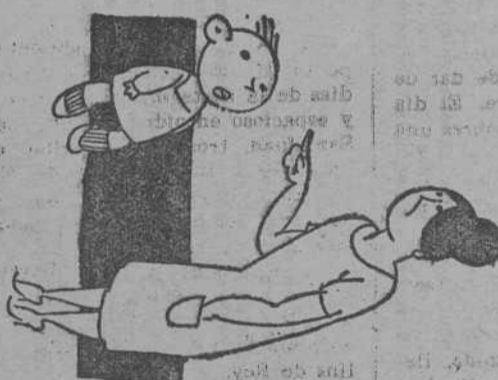
Yo le doy a usted cinco pesos por el di- funto—dijo Roberto.

Concluyeron pagando diez, y haciendo un paquete, lo más chico posible, fueron a dar parte a sus compañeros de cuarto, de la compra que habían hecho.

Federico, el más prudente de todos, se opuso, diciendo que podía ser la causa de una buena penitencia.

—Siempre tienes que oponerte a las bro- mas—exclamaron furiosos sus compañe- ros.—Piensa en el papelón del maestro cuando se abusta por el esqueleto. ¿Cómo nos vamos a reír!

Emperraron el esqueleto en una alacena que había en su dormitorio y bajaron a co- mer. La presencia machra no quitó el sue- ño a los jóvenes estudiantes, que pronto quedaron dormidos; pero a medianoche Roberto se despertó y creyó oír un ruido ex- traño dentro de la alacena. Avergonzado de pensar que tenía miedo se dio vuelta y...



La madre, Juanito, habían tres pedo- sos de bizcocho en la despensa y sólo hay uno. ¿Cómo ha sido eso? Juanito.—Porque estaba tan obscuro que no lo vi.

LAS BROMAS PESADAS

puerta de la alacena con llave, guar- dándole Roberto en el bolsillo. ¿Cómo podía haber desaparecido?

—¡Para qué se me habrá ocurrido com- parar!—exclamó Roberto.—¿Cómo se va a burlar de nosotros el maestro si le con- tamos.

—No hay ni que pensar en contar nada —aconsejó otro muchacho.

—¡Sí, pero el esqueleto ha desaparecido y es más que probable que esta noche vuel- va de nuevo. ¿Qué haremos entonces?

—¡Todos juraron no decir nada de lo que había pasado; pero no hay cosa más difícil de guardar que un secreto, y corrí por todo el colegio la noticia de que en el dor- mitorio número 6 habían visto fantasmas.

Llegó la noche y con ella volvieron los tonores de los cinco muchachos, que en- traron de muy mala gana a acostarse. An- tes de hacerlo resolvieron inspeccionar to- dos juntos, si estaba aún vacía la alacena, pero la ausencia del esqueleto no los tran- quilizó mayormente, pues lo mismo que había desaparecido podía volver a aparecer.

A las once se apagaron todas las luces del colegio. A las doce ninguno se había dor- mido todavía, pues sabían que en la peor hora para la aparición de fantasmas. Pe- ro sonó la última campanada sin que apa- reciera nada extraordinario.

—No volverá— anunció Roberto sin ma- cha convicción.

¡Pero en ese momento sintieron un ruido dentro de la alacena. Fue un ruido seco de huesos que se entrecuchaban y por más que los muchachos esperaban hacia tanto rato no pudieron retener un grito de ter- ror. El esqueleto se puso entonces a gop- tear la puerta de su alacena y se oyó una vez que decía:

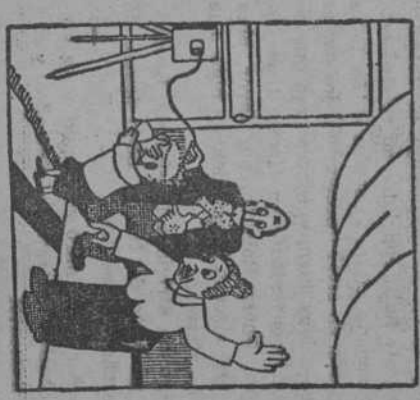
—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir!

Al oír esto los muchachos saltaron de sus camas y se precipitaron hacia el co- rredor. ¿Qué hacer? Uno de ellos asomó la cabeza y luego dijo que el ruido había cesado. ¡Pero por más del mundo volverían a acostarse en ese dormitorio!

—¿Qué les parece—repuso Roberto—que voy a hacer? ¿Qué hacer? Uno de ellos asomó la cabeza y luego dijo que el ruido había cesado. ¡Pero por más del mundo volverían a acostarse en ese dormitorio!

—¡Qué les parece—repuso Roberto—que voy a hacer? ¿Qué hacer? Uno de ellos asomó la cabeza y luego dijo que el ruido había cesado. ¡Pero por más del mundo volverían a acostarse en ese dormitorio!

En ese momento oyeron que alguien ha-



—¿Quieres ver cómo a fuerza de cahe- tes consigo que sonrías?

artes, dando a conocer todo lo notable que se hacía en el extranjero. Dignos de mención...

Actuó, con mucho éxito, como director artístico de la ya citada revista «Joventut»...

Su taller de la calle de la Frenera, esquina a la de la Piedad, fué durante al-

gún tiempo, el cenáculo de lo exquisito, donde se discutía sobre arte, y se organizaban audiciones íntimas, sesiones de música...



drat, sumergida en la azulada claridad de la noche, titilando en lo alto el mágico resplandor de lejanos astros...

En exceso romántico, fué una calamidad para comprender lo que encierra de be-

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

EL GATO

Se ha discutido mucho sobre el origen de este conocido felino. Bufón, que hace del gato una pintura poco halagüeña...

En todas las razas de gatos caseros, cualquiera que sea su color, es lo cierto que se observan indicios de la raza del gato africano...

En realidad el gato, más que animal doméstico es una fiera que el hombre ha tolerado en su compañía por los servicios que le presta...

Nadie ha profesado tanto cariño a estos pequeños felinos, como los antiguos egipcios, que viendo en él la seguridad de sus graneros...

Matar a uno de estos animalitos era en Egipto, crimen espantoso, y gato que moría era cuidadosamente embalsamado...

perstición, hace que cuando se reza el rosario para los navegantes, si se oye el maullido de un gato, se cree que indica un siniestro marítimo.



—Luis es un idiota! —No dignos eso. Un idiota es un hombre como tú y como yo.



—Y mi mamá que se empuja en que aprenda la acuarela! ¡No hay nada como el pastel!

E. S. N.

Los demás niños miraron. El maestro se incorporó.

—¿Qué pasa? Mingo quería explicar. Lo hacía con toda sencillez, asombrosísimo de que ocurriese aquello:

—Yo le quise prestar el libro para que leyese, porque ahora le iba a tocar a él...

—¡Yo no necesito tu libro! —le gritó Valentín.

El maestro intervino y lo reprendió. El niño interrumpió:

—¡No me importa! —¿Cómo no le importa? ¡Orgullosos!

—¡Mejor si soy orgulloso! ¡Soy como me da la gana!

Gritó el maestro y el gritó más fuerte. Llegaron celadores y el director. Valentín fué sacado a viva fuerza de la clase...

—¡Mamá, mamá! Se sorprendió balbuceando, a pesar suyo, contra toda su voluntad. Y contra toda su voluntad, comprendió también que iba a llorar...

—Este es su almuerzo —le dijo—. Estará todo el día a pan y agua. Por la tarde volveré a traerle otro pan y otro jarro de agua.

Valentín tiró todo, jarro y pan, por el ventanillo, al patio. El celador lo miró tranquilamente y se encogió de hombros.

—¡Peor para usted! Salí. ¡Qué odio y qué rabia! Valentín volvió a quedarse solo las horas largas, largas horas...

—Este alumno ha comido —dijo al entrar—. ¡Miren! Señaló el hueso de la chuleta. Y aquí una cascara de queso y migas de pan...

—¿Quién le ha traído de comer? —preguntó el director. El niño callaba. Se sentía firmemente dispuesto a no acusar.

—No lo quiere decir? ¡Está bien! Lo vamos a llevar al sótano —dijo el celador, haciendo una señal de inteligencia que Valentín no vio, gacha la cabeza como se habilitaba.

—¿Al sótano? —interrogó el celador cogiéndole de un brazo—. ¡Ahora si sabrá lo que es bueno! ¡Al sótano! —Y ahucó la voz.

Valentín, de pronto, experimentó un miedo desconocido, terrible. ¿Qué sería el sótano?

nas lo hubiese recogido! Morder, mascar, tragar... «¡Peor para usted!» le había dicho el celador, ¡ya lo crees!...

—Diga, entonces, quién le trajo comida. Valentín callaba, resistiéndose aún.

—Llévelo al sótano —ordenó el maestro. Valentín callaba, resistiéndose aún.

—Vaya a traer a Mingo —ordenó el director. El celador salió en su busca. Valentín lloraba, humillado por tener que llevar delante de aquellos hombres antipáticos y odiosos...

—¡Psh! —le hacía el negro y miraba hacia atrás, temeroso—. Aquí te traigo esto. Se lo robé a mi mamá de la cocina. Mi mamá es la cocinera.

—Y le alargaba un trozo de queso, una chuleta, pan... Valentín tuvo un primer impulso: irle a agradecer. Hasta dio vuelta la vista para no mirarlo.

—¡Pronto, pronto, que me pueden ver! Y estraba su manecita, cargada con los preciosos manjares, mirando para atrás los ojazos en blanco. Valentín no se resistió y alargó la diestra, Mingo desapareció ágilmente, corriendo...

Valentín se encontró solo otra vez. Morrió el pan, dió un mordisco a la chuleta.

—¡Pronto, pronto, que me pueden ver! Y estraba su manecita, cargada con los preciosos manjares, mirando para atrás los ojazos en blanco. Valentín no se resistió y alargó la diestra, Mingo desapareció ágilmente, corriendo...

—Este alumno ha comido —dijo al entrar—. ¡Miren! Señaló el hueso de la chuleta. Y aquí una cascara de queso y migas de pan...

—¿Quién le ha traído de comer? —preguntó el director. El niño callaba. Se sentía firmemente dispuesto a no acusar.

—No lo quiere decir? ¡Está bien! Lo vamos a llevar al sótano —dijo el celador, haciendo una señal de inteligencia que Valentín no vio, gacha la cabeza como se habilitaba.

—¿Al sótano? —interrogó el celador cogiéndole de un brazo—. ¡Ahora si sabrá lo que es bueno! ¡Al sótano! —Y ahucó la voz.

Valentín, de pronto, experimentó un miedo desconocido, terrible. ¿Qué sería el sótano?

—¿Qué no le harían aquellos hombres a pan y agua? ¿No habría ratones, quizá cuculebras, en el sótano?...

—Diga, entonces, quién le trajo comida. Valentín callaba, resistiéndose aún.

—Llévelo al sótano —ordenó el maestro. Valentín callaba, resistiéndose aún.

—Vaya a traer a Mingo —ordenó el director. El celador salió en su busca. Valentín lloraba, humillado por tener que llevar delante de aquellos hombres antipáticos y odiosos...

—¡Psh! —le hacía el negro y miraba hacia atrás, temeroso—. Aquí te traigo esto. Se lo robé a mi mamá de la cocina. Mi mamá es la cocinera.

—Y le alargaba un trozo de queso, una chuleta, pan... Valentín tuvo un primer impulso: irle a agradecer. Hasta dio vuelta la vista para no mirarlo.

—¡Pronto, pronto, que me pueden ver! Y estraba su manecita, cargada con los preciosos manjares, mirando para atrás los ojazos en blanco. Valentín no se resistió y alargó la diestra, Mingo desapareció ágilmente, corriendo...

Valentín se encontró solo otra vez. Morrió el pan, dió un mordisco a la chuleta.

III

Sonó la campana. Los niños se pusieron de pie para salir al patio.

—Cabreara y Mingo se quedan en clase. Tienen una semana sin recreo —dijo el maestro—. ¡A la fila!

Valentín y Mingo quedaron solos, en el mismo banco.

—¿Ha sido él, verdad? Valentín afirmó con la cabeza, sin atreverse a mirar al asustado chiquillo.

—¿Has visto? ¿Has sido tú? Mingo se tiró a llorar también.

—¡Bueno! —concluyó el director, dirigiéndose al maestro—. Téngales una semana sin recreo a los dos. Ahora lleve a aquél al dormitorio.

—¿Cómo no, si él dice que has sido tú? Valentín afirmó con la cabeza, sin atreverse a mirar al asustado chiquillo.

—¿Has visto? ¿Has sido tú? Mingo se tiró a llorar también.

—¡Bueno! —concluyó el director, dirigiéndose al maestro—. Téngales una semana sin recreo a los dos. Ahora lleve a aquél al dormitorio.

—¿Cómo no, si él dice que has sido tú? Valentín afirmó con la cabeza, sin atreverse a mirar al asustado chiquillo.

—¿Has visto? ¿Has sido tú? Mingo se tiró a llorar también.

—¡Bueno! —concluyó el director, dirigiéndose al maestro—. Téngales una semana sin recreo a los dos. Ahora lleve a aquél al dormitorio.

—¿Cómo no, si él dice que has sido tú? Valentín afirmó con la cabeza, sin atreverse a mirar al asustado chiquillo.

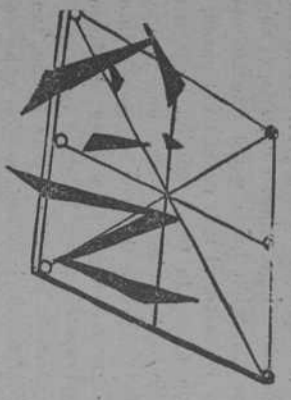
negrito! Como si no dejases brincar y tre-
pase de un lado a otro a esos titiles que
él vió en una jaula en el Zoológico. De
buena gana le hubiese ofrecido su amistad
su inapreciable amistad de niño grande y
fuerte. Un resto de soberbia lo contenía,
impedible desbordar la ola de sus senti-
mientos abrazándose a su amigo, el negri-
cho Mingo, el hijo del negrazo portero. Y
callaba. ¿Cómo rebajarse a hablar al ne-
grito? ¡Si éste lo miraba siquiera! Pero
Mingo seguía dibujando monigotes como si
él no estuviese. Valentin recordó, o mejor,
fue a buscar este recuerdo: que él había
llorado delante de Mingo. Y este recuerdo
lo bajó de su orgullo. Miró un rato al ne-
grito, hizo un esfuerzo, y le habló:
—¿Juguemos al tuteki?
—Bueno—respondió Mingo alegremente.
Y en una hoja comenzó a trazar rayas.

Valentin sintió una alegría inmensa, ¡un
fajito interior tan grande como si lo hu-
biesen encendido de luce! Al principio te-
mió que Mingo se negara y tuviese el que
sufrir la humillación de su negativa, pero
lo halló tan blando, que tan sin rencor se
abrió a su amistad... Necesitó pagar en al-
guna forma al negrito su olvido generoso.
—¿Ves? Yo, en mi casa, cuando vivía mi ma-
má, tanta profesora de gimnasia, ¿ves?—
dijo un puñetazo—. ¡Al que le pegue uno de
éstos! ¿Ves? ¡Pum!... ¿Alguno te quiere
pegar?
—¡No!

—Bueno. Cuando alguno te quiera pegar,
yo te voy a defender. ¡Al que yo le dé uno
de éstos le aplasto la nariz! ¿Ves? ¡Pum!

Mingo lo miraba, riendo, iluminada la
graciosa carita por la sonrisa blanca, por
la luz de admiración que irradiaban sus
ojos.

Valentin, nervioso, con una hoja y una
tapa de su cuaderno, se puso a amasar las
bolas de papel para el tuteki: tres blancas
y tres rojas.



Máximo Gorky en Rusia. - El antiguo vagabundo transformado en
un turista extranjero. - Honorarios fabulosos. - Un regalo
de 360,000 dólares.-Enseñanzas de un proceso.
El Gobierno compra el trigo en el extran-
jero.-El alcohol como fuente
de ingresos que no
valen mucho.

El Gobierno ruso acaba de conseguir un
gran triunfo político. Después de largos
años de ausencia Máximo Gorky, se ha difi-
cultado volver a Rusia. No es más que una vi-
sita: el ilustre escritor no piensa estable-
cerse en Rusia. A su patria roja prefiere la
Italia fascista, la pacífica y alegre Sorren-
to, donde puede trabajar sin estar expues-
to a vejaciones, a la rigurosa censura y al
severo control de G. P. U., como se llama
ahora la famosa Che-Ca.

Igual que un hutesped celebre cualquier
del extranjero, Gorky es acogido con todos
los honores, festejado con banquetes y dis-
cursos pomposos. Y como a un turista ex-
tranjero completamente ajeno a las cosas
del país se le muestran las ya proverbial-
es «cuidas de Potemkin», o sea escuelas, fá-
bricas, cooperativas y demás instituciones
modelos que habían sido creadas únicamente
para los señores turistas y que sirven
de botones de muestra.

No creo que Gorky lo tome en serio, pe-
ro no solamente se deja guiar a través de
las «cuidas de Potemkin» sino que se mues-
tra entusiasmado por todo lo que ve. Es-
cribe en la Prensa oficial artículos quilo-
métricos (que, entre paréntesis, están pa-
gados a razón de mil rublos oro, o sean
unas 2,600 pesetas cada uno), en los que
elogia la gloriosa conquista de la primera
República socialista. Parece haber olvidado
sus ideas anteriores, expresadas en su
conocido libro acerca del pueblo ruso,
publicado en 1925 en Berlín. En esta obra,
estigmatizaba con severidad la crueldad de
su pueblo y con razón afirmaba, que antes
de representar el papel de guía de la In-
ternacional, era preciso aprender a leer, es-
cribir a conducirse más o menos decente-
mente.

Cada uno tiene derecho de cambiar de
opinión, pero Gorky este excelente escri-
tor y ma. político, abusó de este derecho.
bien se entusiasma por el bolchevismo,
bien censura severamente la actitud de
Stalin y compañía; hoy canta loas a la Ru-
sia roja y al día siguiente califica al pue-
blo ruso de rebano que sigue ciegamente
a aventureros políticos. Ya había sido miem-
bro de todos los partidos izquierdistas, in-
cluso del social-demócrata y del socialista-
revolucionario, tan cruelmente perseguido
por los bolcheviques.

Como era de suponer el Gobierno sovie-
tista supo apreciar el entusiasmo de Gor-
ky por las «conquistas» de la editorial del Es-
tado acaba de adquirir el derecho de pu-
blicación de sus obras literarias, por una
pequeñez de 1360,000 dólares! Es una cede-
na de oro que Gorky se guardará bien de
romper...
* * *

Si Gorky, en vez de dejarse guiar por los
guías soviéticos oficiales, hubiera vagabun-
deado a través de Rusia, como lo había
hecho en el pasado, su entusiasmo se hubie-
ra pronto disipado. Hubiera podido conven-
cerse de que las llamadas conquistas de la
revolución no son más que un mito, puesto
que una miseria sin par reina en el país
entero, que la desorganización y el despa-
rajuste revisten formas inauditas. En fin,
que los diez años del reinado de los bol-
cheviques no solamente no han hecho al
pueblo ruso más feliz, sino que han, consi-
derablemente, bajado su nivel.

Además, Gorky pudiera convencerse de
ello sin abandonar Moscú, directamente si-

gutiendo con atención la vista de la causa
que acaba de celebrarse en esa capital y
que ha terminado con un veredicto draco-
niano: cinco fusilados y unos cuarenta con-
denados a varios años de presidio. El proce-
so, que ha durado más de seis semanas, pro-
veyó una luz sinestra sobre las condicio-
nes de vida y de trabajo en la cuenca del
Dniéper, el importantísimo centro car-
bífero de Empresas metalúrgicas. Según
testimonios unánimes, centenares de miles
de obreros de esta cuenca viven en la mi-
seria más negra, como los «cuellos» chinos,
mientras los señores comisarios y demás
dignatarios ostentan un lujo escandaloso.
Todo eso al undécimo año del reinado de
los bolcheviques que habían solemnemente
prometido establecer en Rusia la libertad
y la fraternidad y la igualdad.

La «mise-en-scène» de este proceso mon-
stru, tuvo por finalidad echar la culpa de
la miseria del pueblo a los inventores y
demás trabajadores intelectuales, a los
cuales el Gobierno del Kremlin acusa de
sabotaje y otros crímenes contrarrevolucio-
narios. El efecto ha sido completamente
opuesto: el proceso ha demostrado con una
claridad meridiana la corrupción y la in-
capacidad de la burocracia soviética. Por
otro lado, la encamuzada campaña de la
Prensa roja contra los ingenieros y especia-
listas ha sembrado la desconfianza hacia
estos trabajadores en la masa obrera y casi
en absoluto destruido su prestigio en las
fábricas y minas, lo que no faltará de tener
consecuencias desastrosas para la industria.
No pocos ingenieros ya se vieron forzados
a abandonar sus puestos: no quieren ser ob-
jeto de las persecuciones gubernamentales
y del odio por parte de los obreros.

No son procesos semejantes los que pue-
dan mejorar la situación económica. Esta
situación es cada día más crítica. Una nue-
va hambre amenaza a Rusia, sobre todo a
los centros urbanos. La cosecha ha sido
mala. Por otro lado, los campesinos se nie-
gan a vender su trigo a precios bajos, fija-
dos por el Gobierno puesto que ellos mis-
mos tienen que pagar los artículos manu-
facturados a precios exorbitantes.

En su empeño de remediar esta situación
catastrófica, el Gobierno compra trigo en
el extranjero, principalmente en los Esta-
dos Unidos de América y en la Argentina.
Según afirma la Prensa de Moscú, reciente-
mente han sido comprados cerca de 200,000
toneladas de trigo por un valor de dos mil-
lones y medio de libras esterlinas. Esto
ocurre en Rusia, repatriado granero de Eu-
ropa! Es un verdadero «testimonium de
paupertatis».

Lo único que puede ahora exportar Ru-
sia es alcohol. Eso sí que no falta en Ru-
sia. La venta de este veneno proporciona
al Gobierno del Kremlin más de ochocien-
tos millones de rublos oro anuales y consti-
tuye una parte no del todo menoscupable
de los ingresos del Estado.

Recientemente, el Consejo de los Comisa-
rios del Pueblo declaró solemnemente, que
dentro de unos quince años la producción
del alcohol será completamente suprimida.
Pero el mundo sabe ya lo que valen las
promesas de los bolcheviques. Al llegar en
1917 al Poder, se comprometieron también
de un modo solemne, a poner fin, en unos
diez años al analfabetismo en Rusia, pero
eso no innida que hoy en día un 60 por 100
de la población, no se sepa ni leer ni es-
cribir.

N. YASSIN



ALEJANDRO DE RIQUEUR

Literato pintor
y dibujante

Hijo de los marguenses de Benavent, na-
ció en Calaf el año 1855.

Alejandro de Riquer, refinado artista y
gran propagador de las bellas artes, ex-
tendió su benéfica acción hasta en nuestros
industriales y comerciantes.

Su espíritu nada egoísta, quería irrefriar
sus ensueños en todas las clases sociales.
por esto fué el impulsador del anuncio ar-
tístico, uno de los que más trabajaron para
desarrollar en nuestro ambiente, la efición
al cartel callejero, y también el que más
influyó, en fomentar el afán de la buena
presentación de los artículos industriales,
decorando muchas tiendas y despertando
aficiones artísticas, en todo lo que se re-
fería a la propaganda industrial.

Fuó el primero que resucitó la ya olvidada
costumbre de los ex libris y fué un ver-
dadero artista en la concepción de este
género de composiciones, todas las perso-
nas sobresalientes quisieron tener el gusto
de poner a contribución la inventiva artis-
tica de Riquer, encargándole los suyos. To-
dos quisieron ver reflejada su personalidad
en aquellos lindos dibujos tan sutilmente
refinados y poéticos.

Los «ex libris» perteneciente a doña
Leonor Miquel, José María Roca, Samu-
el Rusiñol, Miguel Utrillo, las hermanas
tricornias de Teresa y María, hijos de don
Pablo de Rubinat, otro del mismo señor.
El de J. Thomas, Manuel de Montoliu sal-
dos de sus diestras manos, dejaron entre-
ver su buen gusto y refinamiento.

No contento con esto, echó mano del
agua fuerte, que había caído en desuso,
demostrando gran maestría lo mismo en el
manejo del buril, que en la combinación
de agua-tintas, produciendo los siguientes



Al agua fuerte, los de K. E. Graf en Lein-
mgen-Westernburg, Mary Flicheger, León
V. Solon y W. Porter Tremadell, todos ellos
admirablemente ejecutados y de un tira-
je esmeradísimo, manipulado con sus pul-
cristinos manos en su estudio-taller, pues
es de advertir que en la ejecución de sus
trabajos siempre era su intervención di-
recta, llegando a tanto su cuidado, que él
mismo escogía el papel y los colores más
apropiados.

De que Riquer ocupaba un lugar distin-
guido entre los decoradores, lo decía el
que revistas tan notables como «The Stu-
dies» y «Les maîtres de l'artich», repro-
ducían obras suyas, y el que fuese pre-
miada en Londres, la encadenación de su
obra «Crismatemos», proyectada por él
mismo, siendo, también, premiado un me-
dalla de oro concedida a España en
la Sección de Mobiliario.

En 22 de julio de 1900, en casa París se
inauguró una Exposición de obras suyas,
cuyos objetos más interesantes eran unos
frigoríficos de la decoración de la farmacia
del doctor Grau Anglada, establecida en
la calle de Conde del Asalto.

Además de esta decoración, muy apropia-
da para su destino, había en la parte cen-
tral, destacando entre los objetos expues-
tos, un riquísimo plafón, que honraba, en
gran manera, al artista Gaspar Honar,
que había ejecutado el proyecto de Riquer,
con variedad de riquísimas materias: ébano,
jiranda, peral, etc., etc., formando una po-
lterona natural que reproducía finamen-
te la composición realizando el todo, tonos
de metal que ayudaban a la riqueza de
conjunto.

Tanta, también, dos carteles, uno de la
casa Faure, fabricantes de hilados; y otro
para un establecimiento de música. Esta
Exposición, como otras tantas que organiza-
zó, daban ideas de la aptitud múltiple de
Riquer, que le permitía abarcar todos los
ramos del arte decorativo.

Su acción educativa fué muy eficaz, pues
como escritor usó su pluma, también, en
la noble tarea de difundir el gusto por las

